

Diablotexto *Digital*



JESÚS PONCE CÁRDENAS: *EL EMBAJADOR PARNASIANO. POESÍA Y
PINTURA EN ANTONIO DE ZAYAS*
Jaén: Universidad de Jaén, 2020, 565 pp.

LUIS BAGUÉ QUÍLEZ
UNIVERSIDAD DE MURCIA

Cuidadosamente editada en la colección “Estudios literarios” de la Universidad de Jaén, la nueva monografía de Jesús Ponce Cárdenas puede considerarse una feliz decantación de los intereses investigadores de su autor. En efecto, aquí convergen la erudición sobre los motivos literarios y los nombres egregios de la lírica aurisecular, el merodeo en torno a las delicuescentes atmósferas fabricadas por la estética modernista y la indagación efrástica en las peligrosas relaciones entre poesía y pintura. De este modo, aunque *El embajador parnasiano* propone un ambicioso acercamiento crítico a la figura y a la obra de Antonio de Zayas (1871-1945), el libro desborda los límites de la semblanza biográfica y del comentario estilístico. Más allá de la reivindicación de sus valores inherentes, el análisis de la poesía de Zayas constituye una oportuna excusa para desplegar un entramado de conexiones interdisciplinares que ofrecen un retrato poliédrico del *otro* fin de siglo. Por un lado, las densas brumas simbolistas, el coqueteo con los paraísos artificiales, la dromomanía del *flâneur* baudeleriano, la moda orientalista, la morbidez erótica o el reciclaje de la tradición barroca son asuntos medulares en los que Ponce Cárdenas focaliza su atención a lo largo de estas páginas. Por otro lado, el subtítulo del volumen apunta a una perspectiva concreta desde la que abordar ese



abigarrado panorama: la de una mirada efrástica en la que se dan cita la plasticidad descriptiva y la recreación de un fastuoso museo verbal. Esa pulsión escópica –a la que Buci-Glucksmann aplicó el sintagma de *La folie du voir* en uno de sus estudios sobre el Barroco– dota de organicidad a un trabajo que no solo recupera a Antonio de Zayas para el canon de la lírica de entresiglos, sino que da otra vuelta de tuerca a un imaginario parnasiano y decadente que aún debe vencer inercias críticas y clichés persistentes.

El primer capítulo dibuja el retrato robot de Zayas, perteneciente a una familia de la aristocracia andaluza, consagrado desde su juventud a labores diplomáticas, conversador inagotable y “ridículamente feo”, a juicio de Juan Valera, quien fue su mentor en las lides literarias. Pese al malicioso comentario sobre la apariencia poco agraciada del escritor, Valera ejercerá un poderoso influjo en quien ya despunta como propagador en España de la buena nueva parnasiana y simbolista. Este apartado también demuestra con pruebas documentales la amistad de Zayas con un selecto grupo de autores de su generación, como Villaespesa, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez o Rubén Darío.

Tras clasificar los tres ciclos creativos en los que se divide la obra de Zayas y las principales encrucijadas estéticas que marcaron su itinerario –la suntuosa impersonalidad parnasiana, el simbolismo intimista y un casticismo de resonancias tradicionales–, Ponce Cárdenas se centra en los dos poemarios compuestos en el *annus mirabilis* de 1902: *Joyeles bizantinos* y *Retratos antiguos*. El primero se concibe como un cuaderno de viaje que reproduce el periplo de su artífice por Turquía, adonde le conduciría su oficio como diplomático. El deslumbramiento ante el espectáculo colorista que se expone ante su mirada y el fresco de la vida cortesana en Estambul difuminan las fronteras entre la crónica literaria y el catálogo pictórico o fotográfico. Todo ello convierte a *Joyeles bizantinos* en una incursión personal por los territorios del orientalismo, fuente de inspiración para líricos (Gautier, De Amicis, Loti) y pintores (Ingres, Delacroix, Fortuny, Gérôme, Moreau) desde el siglo XIX. A medio camino entre la sensualidad decadente y la evocación de la ciudad a través de un yo vagamente autobiográfico, Zayas reconstruye una auténtica geografía sentimental que rinde tributo al carácter rupturista, exótico o



descriptivo la nueva estética. En el alambique de los versos se destilan emblemas y arquetipos recurrentes en la estampa orientalista: la indolencia del ensueño, en ocasiones inducido por el consumo de sustancias estupefacientes; la pompa de las ceremonias religiosas y funerarias, que oscilan entre la curiosidad etnográfica y la repulsa moral; o un desmayado erotismo protagonizado por la figura de la odalisca, trasunto de la moderna *femme fatale*. Los paralelismos poéticos y pictóricos que el investigador trae a colación ilustran por la vía de los hechos (y de los ojos) las hipótesis planteadas.

El otro poemario destacado es *Retratos antiguos*, un ejercicio de écfrasis que se dedica a un solo género plástico (el del retrato) y que se anticipa en casi una década al *Apolo. Teatro pictórico* de Manuel Machado. Después de rastrear varios precedentes de este trasvase interartístico (en Marino, Baudelaire, los miembros de la Hermandad Prerrafaelita o Julián del Casal), Ponce Cárdenas desciende a la singular disposición del museo rimado que confeccionó Zayas. Entre los lienzos verbales seleccionados se advierte la atracción magnética hacia dos entornos geográficos y epocales (la Italia renacentista y la España barroca) y hacia las obras maestras de sendos artistas universales adscritos a estos marcos históricos (Rafael y Velázquez, respectivamente). Los modelos iconográficos de los que se sirvió Zayas, oportunamente reproducidos en estas páginas, ejemplifican la vigencia de un libro que puede leerse al tiempo como “una reflexión historiográfica indirecta”, “un sentido homenaje a la pintura” y “un profundo alegato a favor de la hermandad de las artes”.

Aunque el ensayo podría haber concluido en este punto, Ponce Cárdenas nos obsequia con un jugoso *bonus track*: un apartado que nos habla de la recepción de Góngora en el fin de siglo y que vincula la escritura de Zayas con la tradición áurea. No en vano, el *revival* gongorino que promueve el autor modernista se refleja en diversos testimonios, tanto en el plano temático (véase la transposición lírica del retrato que Velázquez consagró al cordobés en *Retratos antiguos*) como en el estilístico (con el uso de cultismos o la querencia por el léxico alusivo a la cetrería).

En suma, esta magnífica monografía, que combina la rigurosa erudición con la amenidad literaria, exhibe un rico mosaico del esteticismo parnasiano,



desmonta prejuicios arraigados y revela la sostenida conversación entre poesía y pintura. Al fin y al cabo, quizá podríamos trasladar a Antonio de Zayas las palabras con las que Pío Baroja dio sepultura al Andrés Hurtado de *El árbol de la ciencia*: “Pero había en él algo de precursor”.